

ideas incoherentes y vagas. Pedir á Maria que hu-
yese, que desapareciese... Escribir una carta anóni-
ma á Carlos, detallándole la historia de Guimaraes.
Y esta confusión, esta ansiedad iba trocándose len-
tamente en odio hacia el señor Guimaraes. ¿Por qué
hablara aquel imbécil? ¿Por qué insistiera en confiar-
le papeles viejos? ¿Por qué se lo presentara Alencar?
Ah, á no ser por la carta de Dámaso... Todo prove-
nia del maldito Dámaso!

Paseando agitado por el cuarto, con el sombrero
puesto aún, se fijó en una carta que había sobre la
mesita de noche. Reconoció la letra de Villaça. No
la abrió... Una idea le asaltó de repente. ¡Contar
todo á Villaça!... ¿Por qué no? Era el procurador de
los Maias y nunca hubo para él secretos en aquella
casa. Así, pues, esta complicación singular ocasio-
nada por una señora de la familia, considerada
como muerta y que surgía inesperadamente, á quien
perteneía aclarar mejor que al fiel procurador, al
viejo confidente, al hombre á quien por herencia y
por su destino, no se le ocultara ningún secreto y se
mezclara en todas las cuestiones domésticas... Y
sin pensar más, sin profundizar más, se aferró á
esta solución salvadora, que por lo menos le devol-
vía el sosiego, le quitaba de sobre el corazón un peso
de hierro, sofocante é intolerable...

Debía levantarse temprano para encontrar á
Villaça en su casa y escribió en una hoja de papel:
"Llamarme á la siete., Bajó y colocó en la llave del
cuarto del criado.

Cuando subió, más calmado, abrió la carta de Vi-
llaça. Eran dos líneas recordando al amigo Ega que
la letrita de doscientos mil reis, del Banco Popular,
vencía de allí á dos días.

—¡Vaya, todo se junta!—exclamó Ega furioso, ti-
rando la carta estrujada al suelo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
XVI
CALLE No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Puntualmente, á las siete, el criado despertó á
Ega. Se sentó éste de un salto en la cama y en se-
guida todos los negros cuidados de la víspera, Car-
los, su hermana, la felicidad de aquella casa, des-
aparecida para siempre, se alborotaron en su alma,
como despertando también. Por la puerta de la es-
calera que quedara abierta, se colaba un tenue aire
de madrugada que movía el transparente de tela
blanca. Durante un momento, Ega quedóse miran-
do alrededor, sintiendo un ligero estremecimiento
de frío y acabó por arrebuarse de nuevo entre las
sábanas perezosamente, para gozar un poco más
del calor y del bienestar de la cama, antes de lan-
zarse á la calle á afrontar las amarguras del día.

Entonces fué pareciéndole cada vez menos urgen-
te y necesaria aquella prisa extremada por ir á ca-
sa de Villaça... ¿Para qué? No era cuestión de dine-
ro, ni de escrituras, ni de legalización de documen-
tos, de nada que reclamase la experiencia de un pro-
curador. Era sólo enterar á una persona más de un
secreto tan terriblemente delicado que él mismo se
asustaba de saberlo. Y cada vez más encogido bajo

la ropa, con la nariz apenas fuera, se decía: "¡Es una tontería ir á casa de Villagal."

Además, no se vería él después con alientos para contar todo á Carlos aquella mañana, claramente, virilmente. ¿Era por ventura aquel caso tan pavoroso como le pareciera la vispera? ¿Se había de acabar por eso la vida de un hombre? Junto á la quinta de su madre, en Celerico, ocurrió un caso parecido: dos hermanos se casaron ignorando que lo eran. Se supo, se reunieron los papeles y se arregló todo. Los novios estuvieron unos días "sofocados," como decía el Padre Serafín; pero luego se reían, muy amigos cuando se trataban de "hermanos." El novio, un guapo muchacho, contaba después "que había habido una mezcla en la familia." Aquí el engaño sería más largo y peor; las sensibilidades eran más delicadas; pero sus corazones permanecían libres de toda culpa y eran absolutamente inocentes. ¿Por qué había de quedar, pues, la existencia de Carlos para siempre amargada? Había obrado inconscientemente y esto le evitaba el remordimiento. Pasado el horror que al principio le sobrecogería, vendría la realidad de la vida á imponerse y su dolor no sería eterno. Solamente podía sentir el placer desaparecido. Pero esto venía á ser como otro cualquier disgusto de amor.

De pronto se abrió la puerta y Carlos apareció, exclamando:

—¿Pero qué manera de madrugar es esta? Me había dicho Bautista que... ¿Es una aventura? ¿Un duelo?

Traía el gabán todo abrochado, con el cuello levantado, que tapaba la corbata blanca de la vispera y era seguro que llegaba de la calle de San Francisco en el carruaje que momentos antes Ega oyera parar en la calle.

Ega sentóse bruscamente en la cama y alargando la mano á los cigarros que había sobre la mesa de noche, murmuró, bostezando, que el día anterior había combinado con Taveira un viaje á Cintra... Por precaución se había hecho llamar, pero el caso era que estaba cansado...

—¿Que tal día hace?

Justamente Carlos había ido á correr el transparente de la ventana. Allí, en la mesa de trabajo, á plena luz, había dejado Ega la caja de la Monforte envuelta en el *Rappel*. Y Ega pensó: "Si la ve, si pregunta, se lo digo todo." Su corazón comenzó á latir ansiosamente. Pero Carlos no reparó en la caja. Ega sintió un inmenso alivio.

—Con que á Cintra—dijo Carlos sentándose á los pies de la cama.—La idea no es mala. María también me ha hablado de ir á Cintra... Espera. Podríamos hacer juntos la francachela. Iriamos en el break, á cuatro.

Al decir esto miraba el reloj calculando el tiempo para prepararse y avisar á María.

—Lo peor es—interrumpió Ega sobresaltado—que Taveira habló de ir con unas muchachas...

Carlos encogió los hombros con horror. ¡Vaya una barbaridad ir con mujeres á Cintra de día!... ¡De noche, va!... Pero á la luz del sol. Y tal vez con Lola la gorda, ¿eh?

Ega se embarulló en una complicada historia, mientras limpiaba el monóculo con la punta de la sábana. No eran españolas... sino por el contrario, unas costureras, unas muchachas serias... El tenía de antiguo el compromiso de ir á Cintra con una de ellas, hija de un tal Simón, un colchonero que quebrara... ¡Era gente muy seria!...

Pero ante tales compromisos y seriedad tanta, Carlos desistió en seguida de ir á Cintra.

—¡Bien, hombre, bien!... Voy á tomar el baño y á dedicarme después á mis asuntos... Oye, si vas, tráeme unos quesitos para Rosa, puesto que le gustan mucho.

Así que Carlos salió, Ega se cruzó de brazos, desanimado, descorazonado, comprendiendo que nunca se atrevería á "decirlo todo". ¿Qué había de hacer?

Otra vez, sin darse cuenta se aferró á la idea de ver á Villaça y entregarle el cofre de la Monforte. Su honestidad por un lado y su positivismo por otro, le hacían el hombre más á propósito para afrontar aquella catástrofe sin pasión y sin nervios... Esta *falta de nervios* de Villaça decidió definitivamente á Ega.

Saltó impaciente de la cama y tiró del cordón de la campanilla. En tanto que entraba el criado, se puso á examinar el cofre de la Monforte. Parecía, con efecto, una caja de cigarros envuelta en un papel con las puntas ya sucias y gastadas y con marcas de lacre, en las que se veía una divisa que de seguro serían las de la Monforte: *Pro amore*. En la tapa se leía, en letra de mujer mal educada: *Monsieur Guimaran, á París*. Al oír los pasos del criado, echóle por encima una toalla que había al lado, en una silla. Media hora después corría por el Aterro en un coche descubierto, más animado, respirando fuertemente aquel aire de la mañana, fino y fresco y de que tan pocas veces gozaba.

Comenzó por tener una contrariedad, Villaça ya había salido y la criada no sabía si había ido al despacho ó á un peritaje en el Alfeite... Ega se fué al despacho, en la calle de Prata. El señor Villaça no había ido aun...

—¿Y á qué hora acostumbra á venir?

El escribiente, un muchacho macilento que retorcía nerviosamente sobre el chaleco una cadena de

coral, balbució que el señor Villaça no debía tardar, á menos que hubiese salido en el vapor de las nueve, para el Alfeite... Ega bajó desesperado.

—Al café Tavares—gritó al cochero.

En el café de Tavares, todavía desierto, un mozo hacía la limpieza. Y mientras esperaba el almuerzo, Ega ojeó los periódicos. Todos hablaban del sa-rao, en pocas líneas, prometiendo para otro día un juicio crítico sobre tan brillante torneo artístico. Sólo la *Gaceta Ilustrada* era más extensa y en estilo serio trataba á Rufino de *grandioso*, á Cruges de una *esperanza*: cuanto á Alencar la *Gaceta* separaba al filósofo del poeta; al filósofo le recordaba la *Gaceta* con respeto que no todas las aspiraciones ideales de la filosofía, bellas como espejismos del desierto, son realizables en la práctica social; pero al poeta, al creador de tan hermosas imágenes, de tan inspiradas estrofas, la *Gaceta* desafortadamente gritaba: "¡bravo! ¡bravo!," Había aun otras abominables sandeces. Después seguía la lista de las personas que la *Gaceta* recordaba haber visto, entre las cuales "destacaba con su monóculo y su fino perfil don Juan de Ega, siempre brillante de palabra... Ega sonrió atusándose el bigote. Justamente, el bifee llegaba entonces humeante y Ega dejó la *Gaceta* á un lado, diciéndose á sí mismo: "¡No está mal hecho este periódico!,"

El bifeeac, y después de una perdiz fría, de un poco de dulce y de un café cargado, Ega sintió amornarse aquella pena que desde la víspera le llenaba el alma. En fin, pensaba él encendiendo el cigarro y mirando el reloj; en aquel desastre, si bien se veía, sólo había para Carlos la pérdida de una amante hermosa. Y esta pérdida que ahora le angustiara, ¿no tendría después compensaciones? Hasta desaparecía aquella sombra que tenía el porvenir de Car-

los, aquella promesa de casamiento que irreparablemente le unía á una mujer muy interesante pero con un pasado lleno de brasileños y de irlandeses... Era verdad que su belleza lo poetizaba todo, ¿pero cuánto tiempo duraría ese encanto, ese esplendor de diosa pisando la tierra? ¿No acabaría por darle aquella revelación de Guimaraes una libertad providencial? De allí á unos años, Carlos estaría consolado, sereno, como si nunca hubiese sufrido, y libre y rico con el ancho mundo delante de sí!

El reloj dió las diez. "Bien, vamos á lo que importa," pensó Ega.

De nuevo el coche rodó por la calle de Prata. El señor Villaça aun no había ido; el escribiente creía que estaría en Alfeite. Y delante de estos obstáculos, Ega sintióse otra vez descorazonado, sin fuerzas. Despidió el carruaje y con la cajita en la mano, fuese á pie por la calle del Oro, hasta Rocío, parándose distraidamente delante de una platería, leyendo en los escaparates de los librerías, los títulos de los libros. Poco á poco la tristeza de la víspera, un momento disipada, volvía á su alma más intensa. Ya no veía las "compensaciones," ni las "libertaciones." Sólo sentía en torno de sí, como fluctuando en el aire, aquel horror: Carlos durmiendo con su hermana.

Volvió á la calle de Prata y de nuevo subió la escalera de piedra. En el rellano, delante de la puerta de bayeta verde, tropezó con Villaça que salía, atareado, calzándose los guantes.

— ¡Hombre, por fin!

— ¡Ah! ¿Era usted quien me buscaba?... Pues tenga paciencia, que me está esperando el vizconde de Torral.

Ega casi le empujó hacia dentro. ¡Qué, el vizconde!... ¡Se trataba de una cosa muy urgente, muy se-

ría! Pero el otro no se separaba de la puerta, acabando de ponerse los guantes con aire vivo, como quien tiene prisa, negocios...

— El amigo ya lo ve... ¡El hombre me está esperando! ¡Es un *rendez-vous* para las onces!

Ega, ya furioso, le cogió por el brazo y aproximando su cara á la de Villaça, le dijo trágicamente que se trataba de Carlos, de un caso de vida ó muerte. Entonces el otro, grandemente asustado, atravesó bruscamente el despacho é hizo entrar á Ega en un cuartucho de al lado, estrecho como un corredor, con un canapé de paja, una mesa con libros llenos de polvo y un armario al fondo. Cerró la puerta y echándose hacia atrás el sombrero:

— ¿De qué se trata?—preguntó.

Ega con un gesto, indicó que el escribiente podía escuchar desde fuera. El procurador abrió la puerta y gritó al muchacho que fuese al Hotel Pelicano á pedir al señor vizconde de Torral tuviese la amabilidad de esperar media hora... Después, cerrada la puerta con el cerrojo, hizo la misma exclamación ansiosa:

— ¿De qué se trata?

— De un horror, Villaça, de un grande horror. Ni siquiera sé por dónde he de comenzar.

Villaça, ya muy pálido, colocó el paraguas sobre la mesa.

— ¿Es un duelo?

— No... He aquí lo que es... Usted sabía que Carlos tenía relaciones con una señora Mac-Gren que vino el invierno pasado á Portugal y se quedó aquí...

¿Una señora brasileña, esposa de un brasileño, que pasara el verano en los Olivares?... Sí, ya lo sabía. Hasta habló de eso con Eusebio.

Maias - Tomo III - 9.

—Ah, ¿con Eusebio?... ¡Pues no es brasileña! Es portuguesa y hermana de él!

Villaça cayó sobre el canapé, agitando las manos asombrado.

—¡Hermana de Eusebio!

—¡Qué, de Eusebio, hombre!... ¡Hermana de Carlos!

Villaça quedó mudo, sin comprender, con los ojos terriblemente abiertos y mirando al otro, que daba vueltas por el cuartucho, repitiendo: "hermana, hermana legítima... Ega, por fin se sentó en el canapé, y en voz baja, á pesar de que estaban solos, contó su encuentro con Guimaraes en el sarao, y cómo estallara la terrible verdad, casualmente, con una sola palabra, en la esquina de la *Alianza*... Pero cuando habló de los papeles entregados por la Monforte á Guimaraes, tantos años guardados, nunca reclamados y que el demócrata ahora, tan de repente, con tanta urgencia, quería restituir á la familia, Villaça, mudo hasta entonces y como atontado, exclamó indignado:

—¡Aquí hay engaño! ¡Todo eso es para coger dinero!...

—¡Coger dinero! ¿Quién?

—¿Quién?—repitió Villaça de pie, arrebatadamente.—¡Esa señora, ese Guimaraes, esa tropa!... ¡Pero el amigo no lo comprendel! ¡La aparición de una hermana de Maia, legítima y auténtica, significa cuatrocientos contos y pico que corresponden á la hermana de Maia!...

Entonces los dos quedáronse mirando de hito en hito, bajo la fuerte impresión de aquella idea inesperada que, á su pesar, conmovió á Ega. Y como el procurador, trémulo, insistía en lo de la gran suma de cuatrocientos contos y recordaba lo de la *Com-*

pañita del Ojo Vivo, Ega terminó por encogerse de hombros:

—¡Eso no tiene verosimilitud ninguna! Ella es incapaz, absolutamente incapaz, de semejante intriga. Por otra parte si fuese una cuestión de dinero, ¿qué necesidad tenía de hacerse pasar como hermana de Carlos, desde el momento que éste le prometiera casarse con ella?

¡Casarse con ella! ¡Villaça agitaba las manos; no quería creerlo! ¡Cómo el señor Carlos de Maia había de dar su mano, su nombre, á esa criatura amigada con un brasileño!... ¡Santísimo nombre de Dios! Y en medio de su asombro, crecía su desconfianza, veía un nuevo caso del *Ojo Vivo*.

—¡No, señor Villaça, no señor!—insistió Ega ya impaciente.—Siendo la cuestión de documentos y teniéndolos ella, verdaderos ó falsos, los hubiera presentado desde luego, antes que ir á dormir con su hermano!

Villaça bajó lentamente los ojos al suelo. Sentíase invadido por el terror al entrever aquella gran casa, que era su orgullo, partida por la mitad, á causa de una aventurera... Pero como Ega, muy nervioso, insistiera en que no se trataba de una cuestión de documentos, ni de legalidad, ni de fortuna, al procurador se le ocurrió otra idea y exclamó con la faz iluminada de nuevo:

—¡Espere, hombre, hay otra cosa!... ¡Tal vez sea hija del italiano!

—¿Bueno, y qué? Viene á ser lo mismo.

—¡Alto ahí!—gritó el procurador dando un puñetazo sobre la mesa.—No tiene derecho á la legítima del padre y no coge un real de esta casa!.. ¡Ira de Dios! ahí está lo importante!

Ega hizo un ademán negativo. ¡No, no era eso, desgraciadamente! Esta era hija de Pedro de Maia.

Guimaraes la conocía de llevarla en brazos, de regalarle muñecas cuando tenía siete años, y cuando hacía apenas cuatro ó cinco que el italiano muriera en Arrois de una borrachera... La hija de éste había muerto en Londres, cuando aun era de poca edad.

Villaça volvió á caer en el canapé, desfallecido.

— ¡Cuatrocientos contos, qué golpe!

Entonces Ega resumió. Si no existía aún la certeza legal, había ya una verdadera sospecha. Y claro era, que no se podía dejar al pobre Carlos inocentemente metido en aquella porquería. Precisaba, pues, revelar todo á Carlos aquella misma noche...

— Usted, Villaça, es quien tiene que decirselo.

Villaça dió un salto tan violento que hizo chocar el canapé contra la pared.

— ¡Yo!

— ¡Sí, usted que es el procurador de la casa!

¿De qué se trataba sino de una cuestión de intereses, de la legítima? ¿A quién correspondía entender en el asunto sino al procurador?

Villaça murmuró con el rostro encendido.

— ¡Hombre, usted, amigo mío, me mete en unal...

No. Ega no hacía más que acudir al procurador porque lógica, profesionalmente era quien debía entender en aquello.

El otro protestó tartamudeando. ¡Qué diablo! No es que quisiera esquivar su deber; pero él nada sabía! ¿Qué podía decir al señor Carlos de Maia? "E amigo Ega vino á contarme esto, que le contó un tal Guimaraes la otra noche en Loreto...", Nada más podía decirle...

— Pues diga eso.

El otro, con los ojos llameantes, se encaró con Ega:

— Diga eso, diga eso... Vaya, señor, es necesario tener *tupé!*

Dióse un puñetazo desesperado en el pecho, fué bufando hasta el fondo de la estancia, donde tropezó con el armario, y volvió á encararse con Ega:

— No se le viene á un hombre con una cosa de esas sin pruebas... ¿Dónde están las pruebas...?

— Perdone, Villaça, qué torpe es usted... ¿A qué vine yo aquí, sino á traerle las pruebas, las que hay, buenas ó malas, la historia de Guimaraes, esa caja con los papeles de la Monforte?

Villaça, que refunfuñaba, se puso á examinar la caja, dándole vueltas en las manos y leyendo el título de sainete *Pro amore*.

— ¿Entonces la abrimos?

Ega había acercado ya una silla á la mesa. Villaça cortó el papel, gastado por los bórdes, que envolvía el cofre. Y apareció, efectivamente, una vieja caja de cigarros, llena de papeles, algunos formando rollos atados, sueltos otros dentro de sobres que ostentaban el monograma de la Monforte, sobre una corona de marqués. Ega desató el primer rollo. Eran cartas en alemán, que él no entendía, fechadas en Buda-Pesth y en Carlsruhe.

— Bueno, esto nada nos dice... ¡Adelante!

Otros de color de rosa que apartó cuidadosamente Villaça, contenía una caja ovalada, con la miniatura de un hombre de bigotes y patillas rubias, rodeado el cuello de una gola dorada de caasca blanca. A Villaça le pareció bonita la fotografía.

— Algun oficial austriaco—murmuró Ega.— Otro amante... *Ça marche*.

Iban sacando los papeles ordenadamente, con la punta de los dedos, como si fuesen reliquias. Un ancho sobre atiborrado de cuentas de modistas y recibos, interesó profundamente á Villaça, que recorría los *items*, espantado de los precios, de las infinitas invenciones del lujo. ¡Cuentas de seis mil francos!

¡Un solo vestido, dos mil francos!... Otro paquete les proporcionó una sorpresa. Eran cartas de María Eduarda á su madre, escritas desde el convento, con una letra redonda y trabajada como si fuera un diseño, con frasecitas llenas de gravedad devota, dictadas, de seguro, por las buenas Hermanas; y en estas composiciones virtuosas y frías como temas de estudio, sólo se transparentaba el sincero corazón de la niña en alguna florecilla, seca ahora, pegada con un alfiler en lo alto de la carta.

—Esto me pone de su parte—murmuró Villaça.

Entonces Ega, ya impaciente, vació toda la caja sobre la mesa. Y entre cartas, otras cuentas y tarjetas se destacó un sobre grande con esta inscripción escrita con tinta azul:—*Pertenece á mi hija María Eduarda.* Fué Villaça quien lanzó la mirada rápidamente á la hoja de papel que contenía, lujosa y documental, con un monograma de oro sobre la corona de marqués. Se la dió en silencio á Ega, sofocado, encendidas las orejas por la sangre.

Ega leyó en alta voz, despacio. Decía:—“Como María todavía es pequeña y está delicada y tampoco yo me siento nada buena, con unas punzadas de dolor, paréceme prudente, por lo que pudiera suceder, hacer aquí una declaración que te pertenece á ti, mi querida hija, y que sólo sabe el padre Talloux (*Mr. l'abbé Talloux, coadjuteur á Saint-Roch*) porque se lo dije hace dos años, cuando tuve la pneumonía. Y es lo siguiente: Declaro que mi hija María Eduarda, que acostumbra á firmar María Calzaski, por suponer ser ese el nombre de su padre, es portuguesa é hija de mi marido Pedro de Maia, de quien me separé voluntariamente, trayéndola conmigo para Viena, después para París y que ahora vive en compañía de Patricio Mac-Gren, en Fontainebleau, con quien se va á casar. Y el pa-

dre de mi marido era mi suegro Alfonso de Maia, viudo, que vivía en Bemfica y también en Santa Olaya al pie del río Duero. Lo que todo se puede averiguar en Lisboa, pues deben estar allí los papeles; y mis yerros de que veo ahora las consecuencias no deben impedir que tú, mi querida hija, tengas la posición y fortuna que te pertenecen. Y por eso aquí declaro todo esto que firmo, para el caso de que no pueda hacerlo delante de un notario como tengo la intención cuando esté mejor. Y de todo si yo muero, lo que Dios no permita, pido perdón á mi hija. Y firmo con mi nombre de casada.—*María Monforte de Maia.*”

Ega miró á Villaça. El procurador sólo pudo murmurar, con las manos cruzadas sobre la mesa:

—¡Qué golpe! ¡Qué golpe!

Entonces Ega se alzó del asiento. ¡Bien! Ahora todo se simplificaba. Sólo había que entregar aquel documento á Carlos, sin comentarios. Pero Villaça movía la cabeza como dudando.

—Yo no sé si este papel haría fe en juicio...

—¡Qué fe, ni qué juicio!—exclamó Ega violentamente.—¡Es lo bastante para que él no vuelva á dormir con ella!...

Un golpecito dado tímidamente en la puerta del cubículo, le hizo pararse en seco, inquieto. Entreabrió la puerta y asomando la nariz, vió al escribiente, quien dijo:

—El señor Carlos de Maia, que llegó ahora abajo en el coche, cuando yo entré, me ha preguntado por el señor Villaça.

¡Hubo un pánico! Ega, atolondrado, cogió el sombrero de Villaça. El procurador, con ambas manos, metía en un cajón los papeles de la Monforte.

—Es tal vez mejor decir que no está—insinuó el escribiente.

—Sí, que no está—gritaron ambos con voz sofocada.

Se pusieron á escuchar, pálidos todavía. El coche de Carlos rodó por el empedrado y los dos amigos respiraron. Pero ahora se arrepentía Ega de no haberle hecho subir y allí mismo, sin más vacilaciones, contarle todo valientemente delante de aquellos papeles. ¡Y así estaba saltado el barranco!

—Hombre,—decía Villaça, pasándose el pañuelo por la cabeza—las cosas requieren calma, método. Es necesario prepararse, respirar antes de dar el zambullido.

De todos modos, concluyó Ega, era ocioso hablar más. Los demás papeles de la caja, perdían su interés después de aquella confesión de la Monforte. Sólo restaba que Villaça apareciese por la noche en el Ramillete, de ocho y media á nueve, antes de que Carlos saliera para la calle de San Francisco.

—¡Pero el amigo ha de estar allí!—exclamó el procurador aterrado.

Ega se lo prometió. Villaça dió un suspiro. Y ya en el rellano de la escalera, á donde fuera acompañando al otro, dijo:

—Haber de por medio esto y yo ir tan contento á comer al Ramillete.

—Y yo con ellos, en la calle de San Francisco.

—¡En fin, hasta la noche!

—Hasta la noche.

Ega no se atrevió aquel día á volver al Ramillete, comer delante de Carlos, verle alegre y tranquilo, sintiendo él aquella negra tristeza que le llenaba el alma á medida que se acercaba la noche. Fué á comer con el marqués que desde el sarao no salía de casa por tener la garganta acatarrada. Después, á las ocho y media, cuando calculó que Villaça debía

estar ya en el Ramillete, dejó que el marqués se engolfara con el capellán en una partida de damas.

Aquel hermoso día, nublado por la tarde, acabó en una llovizna menuda que ensuciaba las calles. Ega tomó un coche y al llegar al Ramillete, ya terriblemente nervioso, avistó á Villaça en el portal con el paraguas bajo el brazo y arremangándose los pantalones para salir.

—¿Qué es eso?—gritóle Ega.

Villaça abrió el paraguas, para murmurar debajo, más en secreto:

—No fué posible... Dijo que tenía mucha prisa, que no me podía atender.

Ega dió con el pie en el suelo, desesperado.

—¡Pero, hombre!

—¿Qué quiere usted, amigo mfo? ¿Le había de co-ger por el brazo, á la fuerza? Quedó la cosa para mañana... Mañana á las once tengo que estar aquí.

Ega subió las escaleras, murmurando entre dientes: ¡Ira de Dios! ¡es el cuento de nunca acabar! Se dirigió al despacho de Alfonso. Pero no entró. Por la entreabierta puerta vió parte de la sala: las cartas esperaban en la mesa de *whist*: en el sofá bordado, don Diego, muellemente, miraba la lumbre retorciéndose los bigotes y como enzarzadas en alguna discusión, se mezclaba la voz de Craft, que tenía la pipa en la mano, y la más lenta de Alfonso, tranquilo en su poltrona, ahogadas por la de Sequeira, que gritaba furiosamente.

—Pero si mañana hubiese una revuelta ese ejército que quieren disolver los señores, porque dicen que es una escuela de holgazanería, es el que debería guardarles las espaldas. Se habla mucho, se tiene mucha filosofía, pero cuando truena Santa Bárbara, si no hay media docena de bayonetas, todo son apuros y sustos.

Ega pasó á las habitaciones de Carlos y Bautista le dijo que había salido. Había ido á la calle de San Francisco. ¡A dormir allí!

Para calmar su excitación, Ega pasó la noche con Taveira y dos muchachas: la Paca y Carmen la Filósofa, y á las cuatro de la mañana recitaba las estrofas de Musset á la Malibran, Taveira y Paca, juntitos; él con su aire terne de chulo; ella *muy caliente* (1) también: bebían copitas de Jerez. Carmen la Filósofa espatarrada, con el cuerpo del vestido desabrochado, cantaba mirando la luz:

Señor Alcalde mayor,
No prenda usted los ladrones...

Al día siguiente despertó junto á Carmen la Filósofa con la lengua pastosa, sin saber á punto fijo lo que le había ocurrido, deseando tomar un baño perfumado y fresco para purificarse de aquella orgía. Aquel baño lo tomó en el *Hotel Braganza*, almorzó después y eran ya las doce dadas cuando se presentó á la puerta de las habitaciones particulares de Carlos.

—¿Ha venido Villaça?—preguntó Ega en voz baja á Bautista.

—Sí, hace rato que espera.

Ega pensaba: "Carlos ya lo sabe todo, está pasado el barranco." Pero vaciló antes de entrar, sintiendo que le latía el corazón. Ega levantó, por fin, la cortina que tenía bordadas las armas de los Maias.

—¿Eres tú?—preguntó Carlos, levantándose de la mesa con unos papeles en la mano.

Parecía haber conservado su firmeza. Sólo los ojos fulguraban más que de costumbre y tenía más

(1) Así está, en castellano, en el original.

pálido el color. Villaça, sentado en frente, se pasaba un pañuelo de seda por la cabeza. En la mesa había los papeles de la Monforte.

¿Qué enredo es este que me está contando Villaça?—exclamó Carlos, mirando fijamente á Ega.

Este balbuceó:

—No tuve valor para decirte...

—Pero yo lo tengo para oír. ¿Qué te contó ese hombre?

Villaça se levantó inmediatamente y pidió licencia para retirarse, pensando que los amigos preferirían conversar libremente. Quedaban allí los papeles de doña María Monforte y, si era necesario, podían enviarle un recado y acudiría en seguida.

—Debe usted comprender, don Carlos, que tomé la iniciativa de hablarle por creer que tal era mi deber, como amigo confidencial de la casa.

—Gracias, Villaça; si fuese necesario, le enviaria un recado.

El procurador, con el pañuelo en la mano, lanzó en torno una mirada. Después miró debajo de la mesa. Parecía muy sorprendido. Carlos seguía con impaciencia los pasos tímidos que daba por el cuarto, buscando.

—¿Qué busca, hombre?

—Mi sombrero. Creía que lo había dejado aquí... Se quedaría fuera.

Salió, mirando aun con ojos inquietos por los rincones. Carlos corrió la cortina y mirando á Ega, dijo:

—¡Dime!

Ega, sentado en el sofá, empezó á contar su encuentro con el señor Guimaraes, las explicaciones sobre la borrachera hereditaria que tuvo que darle.

De nuevo apareció la cabeza de Villaça, que dijo:

—No está mi sombrero. No lo encuentro y me parece que lo dejé aquí.

Carlos contuvo una blasfemia. Ega miró también detrás del sofá y junto á la ventana. Carlos, desesperado, fué á ver si estaba sobre la cama. Villaça escudriñaba hasta el cuarto de baño.

— ¡No lo entiendo! En fin, tal vez me lo dejé en el recibidor. Dispense usted...

Quedaron solos otra vez. Ega volvió á hablar de Guimaraes y explicaba cuando salió con Cruces del teatro.

De nuevo se abrió la cortina y Bautista se excusó y dijo:

—El señor Villaça no encuentra el sombrero y dice que lo dejó aquí.

Carlos se levantó furioso y agarró una silla como para rompérsela en la cabeza al criado.

— ¡Vete al diablo tú y el señor Villaça! ¡Que se vaya sin sombrero! ¡Dáale un sombrero mío! ¡Ira de Dios!

Bautista retrocedió muy serio.

— ¡Acabal—exclamó Carlos cayendo en una silla muy pálido.

Ega le contó su larga y terrible conversación con Guimaraes, desde el momento en que por casualidad al despedirse le habló de "la hermana de Maia". Después le entregó los papeles de la Monforte en el *Hotel de París*.

— Esto es lo que sé. Imagina qué noche he pasado. No tuve valor para decirte nada. Fui á ver á Villaça con la esperanza de que supiese algo, algún hecho cierto y preciso que destruyese la historia de ese hombre. Pero no sabía nada. Quedó tan aniquilado como yo.

En el silencio que siguió, un chubasco más fuerte cantó en los cristales.

Carlos se levantó arrebatadamente, presa de tremenda indignación.

— ¿Crees que eso sea posible? ¿Comprendes que le pase esto á un hombre como yo, como tú, en una calle de Lisboa? Encuentro á una mujer, la miro, la conozco, duermo con ella, y entre todas las mujeres del mundo, esa precisamente ha de ser mi hermana... Es imposible. ¡No hay Guimaraes, ni papeles, ni documentos que me convenzan!

Y como Ega permanecía mudo, con los ojos en el suelo:

— Dí algo—gritó Carlos.— ¡Duda también, hombre, duda conmigo! Es extraordinario. Todos ustedes lo creen como si esto fuese la cosa más natural del mundo y sólo hubiese en esta ciudad hermanos que duermen con sus hermanas.

— No creas, un caso igual pasó cerca de Celorico.

En aquel momento, sin que oyeran ningún rumor, apareció Alfonso de Maia, sonriendo, como si alguna idea le divirtiera.

— ¿Qué demonios han hecho ustedes del sombrero de Villaça? El pobre chico se ha ido afligido. Tuvo que llevarse un sombrero mío. Se le metía hasta los ojos y tuvo que ponerse papeles dentro.

Pero de pronto, se fijó en la cara trastornada de su nieto. Se fijó también en el embarazo de Ega y se le apagó la sonrisa y dió por la habitación un paso lento:

— ¿Qué les pasa? ¿Les ocurre algo?

Entonces Carlos, sin pensar en el disgusto que iba á dar al pobre viejo y con la esperanza de que supiese algo contrario á la historia de Guimaraes, exclamó:

— ¡Es una cosa extraña, abuelo! Algo debe saber usted que nos tranquilice. Conozco yo á una señora que llegó hace tiempo á Lisboa y vive en la calle de